

5. ¿A QUIÉN SERVIMOS?

Edgar Correa Fajardo
Docente de la asignatura de Ética
en la Facultad de Contaduría Pública

Uno de los problemas que suele presentarse en la formación profesional es la noción, facilista y monotemática, de éxito: se pretende un título de propiedad del saber sin mucho esfuerzo, con el único criterio de mejorar la condición económica. Lo grave de esta actitud es que a veces se vuelve la única esperanza.

Por otra parte, muchos estudiantes no son del todo conscientes de su vocación. Algunos esperan simplemente terminar el ciclo universitario para entonces comenzar a ver qué hacen, o en el peor de los casos “qué les toca hacer”, con un sentido fatalista del futuro, propio de los peores momentos de nuestra colombianidad.

¿Qué alma tenemos y a qué alma queremos servir?, es la pregunta fundamental y por la cual deberíamos comenzar para intentar apropiarnos de un sentido de misión.

La importancia intrínseca de esta pregunta es la honestidad con que la hacemos y con la que comenzamos a respondérsela a nosotros mismos. La misma situación del país nos ha llevado, por un lado, a desconfiar de los proyectos y por otro a comprender de una vez por todas que ya no se puede vivir ingenuamente, es decir, que todos, profesionales, estudiantes, directivos, empresarios, etc. deberíamos repensar los valores fundamentales que guían nuestra propia existencia.

Esa noción de éxito a como dé lugar puede llegar a ser alienante, y si a esto agregamos los peligros que implican las rutinas, se puede terminar en que a veces se hacen cosas pero no se saben cosas:

Se domina la práctica laboral pero se ignora cómo relacionarse con los colegas, con los compañeros de estudios.

A la preocupación mecánica se entrega cuerpo y mente. En muchos casos el estudiante es dirigido a ser modelo eficiente de técnica y en ocasiones se pone a defender intereses ajenos a él mismo, a la sociedad y al país.

Hay por lo tanto una tendencia a separar profesión y vida en intimidad, cuando esta última es uno de los grandes desafíos que se le presentan al hombre contemporáneo. Es decir, saber ser y saber estar con los demás en una verdadera comunicación recíproca en familia, pareja, aula y sociedad en general pero particularmente consigo mismo.

La vida esta hecha más de preguntas que de respuestas, y no hay que temerles ni a las unas ni a las otras. Tarde o temprano todos somos filósofos y nos hacemos las preguntas esenciales: ¿qué es mi vida, qué puedo y qué estoy dispuesto a hacer con ella?

Es importante que el estudiante sea consciente de su patrimonio moral, por eso nos corresponde a todos fijarnos en ¿qué alma traemos a la universidad? ¿qué conjunto de valores y de ideales nos inculcaron en nuestro hogar de procedencia?

La universidad difícilmente puede cambiar el ritmo humano que trae el estudiante desde su niñez, pero sí podemos ayudar a que no pierda de vista su autonomía de pensamiento y capacidad de cambio. Un objetivo nuestro sería el de que el estudiante al finalizar sus estudios pueda clara, honesta y positivamente responder a la pregunta: ¿he logrado ser una mejor persona?, ¿en qué ha contribuido a ese logro la contaduría?

Yo creo que hace falta incentivar el disfrute y la confianza, el quehacer cotidiano así como el trabajo bien hecho.

Hay que educar para la felicidad comenzando por incentivar un humilde y verdadero amor por sí mismo, teniendo en cuenta el viejo dicho de que “no se da de lo que no se tiene”.

No olvidemos lo que dijera EINSTEIN: “El peligro no está en la técnica, sino en el corazón del hombre“. Ese es el principio de las cosas, lo mejor de nosotros puesto al servicio de lo mejor de los otros. Humanizarnos, esa es la forma de servirnos y de servir a los demás.

6. LA PARTE HUMANA DEL CONTADOR

Juan Antonio Lezaca

Docente de la asignatura Metodología de la Investigación de la Facultad de Contaduría Pública

Basándose en lo que decía PLATÓN “En busca de un modelo de Estado que produzca hombres “buenos”, justos y virtuosos” donde la justicia se convierte, en consecuencia en la virtud fundamental de la ética y de la política. La justicia hace al hombre virtuoso y al Estado perfecto, y como consecuencia de este planteamiento nos tenemos que centrar en la naturaleza humana para encontrar una concepción del ser humano que exija una moral en condiciones justas. Si el ser humano es un conjunto de impulsos, parece que la moral será siempre una represión tal y como lo defienden los sofistas. Sin embargo, para PLATÓN el hombre es algo más que impulso, algo más que deseo. PLATÓN descubre tres partes del alma humana, y a cada una de ellas irá asociada una virtud. Ellas son:

Alma racional: situada en la cabeza, sería la encargada del conocimiento de las cosas y del pensamiento. Su virtud sería la sabiduría o la prudencia.

Alma irascible: situada en el tórax, se ocupa de dominar las pasiones y su virtud específica sería la fortaleza. El sujeto debe controlar tanto su odio como su amor hacia los demás.

Alma concupiscible: se encontraría en el abdomen o en el bajo vientre, y su función sería el dominio de los impulsos o domino de sí. La virtud que le es propia es la templanza o la moderación.

Entre estas tres partes del alma debe existir armonía y justicia. Si el alma racional, siendo prudente, guía a la parte irascible, que deberá ser valerosa, y ambas dominan al alma concupiscible que deberá ser atemperada, el hombre será armonioso y justo, y eso contribuirá a crear un hombre armonioso y justo, como debe ser cualquier contador.